



SOBRE EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN – VI

Perfecto amor a Jesucristo. La humildad.

Madre María Eugenia – 7 de abril de 1878

Mis queridas Hijas,

Siguiendo lo que anteriormente os dije del espíritu de la Asunción, hemos llegado a tratar del amor a Nuestro Señor. Para hablar de este amor, sería necesario tener palabras ardientes y luminosas, puesto que es su amor, el verdadero objeto de nuestra vida, como es también el principio de todo cuanto hemos dicho hasta aquí.

En efecto ¿por qué deseamos conocer, si no es porque amamos y porque queremos recibir luces que nos hagan amar más y más? ¿Por qué deseamos referir todo conocimiento natural al conocimiento de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia, sino porque estimamos todas las cosas como barro, comparadas con la ciencia de Nuestro Señor; ¿porque nuestra fe, iluminada por el amor, nos da la certeza de encontrar en todas partes a Dios y a Aquél que nos ha enviado, si le buscamos con toda la capacidad de nuestra alma? ¿Por qué, además, servir y servir perfectamente, si no es porque amamos? Pero hay algo que decir sobre la acción del amor de Jesucristo en el alma y de las virtudes que quiere suscitar en nosotras.

Empiezo por la humildad; es la base de toda vida espiritual, y quizá penséis que he tardado en hablar de ella. Pero, aunque el conocimiento de Dios y de sí mismo sea un principio de humildad, aunque el servicio a Dios debe ser un acto de humildad, sin embargo, no puedo evitar el relacionar el amor, con la humildad sencilla, sincera, alegre de una verdadera hija de la Asunción.

Nuestro Padre san Agustín, después de decir que la causa del mal en el mundo es el amor a sí mismo, llevado hasta el desprecio de Dios, añade que lo propio de los habitantes de la Ciudad santa es el amor a Dios, llevado hasta el desprecio a sí mismo. y ¿quién será más ciudadano de la Ciudad santa que una Religiosa de la Asunción, cuyo espíritu, alma, corazón, voluntad deben esforzarse en seguir a la Santísima Virgen, elevada al cielo como consecuencia de una humildad nunca igualada en la tierra? Maria es la más perfecta y la más humilde de todas las criaturas. Dios se fijó en la baja de su sierva, y por eso la exaltó. Es, pues, necesario que se establezca

en nosotras sinceramente, de buena fe, una humildad verdadera, sincera, que sea el amor a Dios llevado hasta el desprecio a sí mismo.

Ante todo, la humildad debe ser sincera, porque el amor no quiere ser defraudado; y ¿con quién seremos verdaderos, si no es con Aquél que penetra el fondo de los corazones, que ve si todo es para Él, o si nos reservamos algo para nuestro propio honor, para nuestra propia estima, algo, en fin, que sea en beneficio nuestro? Sabéis que el amor es celoso; sus celos son terribles, dice la Escritura. ¿Cómo podremos, pues, corresponder a Nuestro Señor Jesucristo que, por su parte, nos ha mostrado su amor a través de humillaciones incomparables?

Considerad los anonadamientos del Hijo de Dios, considerad lo que es como Dios, y vedle descender a un establo y hacerse el más pequeño de los hombres. Y aunque hubiese sido el más ilustre de los hombres, aun así ¡qué humillación para un Dios! Pero esto no le pareció suficiente, y sabéis lo que fue en su nacimiento, en su infancia, en su vida pública, en sus actos y en sus palabras, en su muerte. El alma humana no puede imaginarse nada más humilde. Para atraernos hacia sí, no dudó en demostrarnos que nos amaba hasta el desprecio de sí mismo.

El amor del Salvador descendió a tales abismos que no podremos igualar. Para corresponder, es necesario, al menos, que sincera y generosamente, por un principio de amor, no haya reserva alguna en el alma, que dejemos a Nuestro Señor establecerse y reinar en ella como maestro, y que le pidamos esta humildad verdadera, franca, sincera, única base sólida de la perfección.

Me diréis, que esta doctrina es tanto para nosotras como para los demás. Para todos los cristianos, para todas las religiosas, es necesario que el edificio tenga como base una humildad sincera. -Sí, sin duda, pero puede haber en ella un matiz, en el móvil y en la forma.

El conocimiento de las cosas divinas, la adoración, el amor, he ahí los móviles de vuestra humildad, humildad que debe habitar en vosotras con alegría y con libertad. Penetradas de luz y de amor, no debéis querer manteneros en las miserias del orgullo, ni en las del amor propio. Sois hijas de la Asunción, no debéis descender, sino que el amor a Jesús debe elevaros hasta el desprecio de vosotras mismas. Las humillaciones que Nuestro Señor aceptó para salvarnos y para glorificar a su Padre, debéis amarlas y penetrar en ellas con espíritu de adoración. ¿Seríais capaces, ante la faz de Dios, de dejar subsistir en vosotras algún resto del culto a la criatura? He aquí vuestros móviles, he aquí lo que os proporcionará la alegría y la libertad de mantener siempre vuestros corazones abiertos a Dios, para que con ello perciba que es a Él solo a quien queréis rendir todo honor, toda alabanza, toda bendición, sin que nada derive ni hacia vosotras mismas, ni hacia criatura alguna.

Creo que ésta es la más plena humildad que podemos desear; añadiría, sin embargo, que la humildad tiene otro matiz que procede del amor de Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando queremos agradar a alguien, buscamos, en lo posible, adquirir el modo de ser, la virtud, la calidad, la aptitud que le sea más agradable. Cuando, en el mundo, se quiere agradar, uno se engalana con vestidos bonitos y bien hechos, y vosotras, sólo queréis agradar a Nuestro Señor Jesucristo. Ahora bien ¿qué es lo que más le agrada? ¿Cuál es ese vestido escogido, cuál es ese adorno con el que Nuestro Señor encontrará nuestra alma más bella, más agradable a sus ojos, más digna de su amor? No es únicamente la humildad, sino también la humillación. He aquí el aderezo que posee un encanto elevado para Nuestro Señor Jesucristo. Su conversación es con el alma sencilla, su morada está en el alma humilde. “La oración del que se humilla penetra en

los cielos”, dice la Escritura; y Nuestro Señor mismo nos enseña el medio de hacernos agradables a sus ojos: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”¹.

He aquí otra nota de amor. Si empezáis por abrir vuestro corazón, si lo despojáis de todo amor propio, de todo deseo de alabanza, de éxito, de estima, y decís a Nuestro Señor: “Señor, toda alabanza, toda estima, todo éxito, es para Ti; yo debo desaparecer en todas las cosas, y el amor que te tengo debe llegar hasta el desprecio de mí misma”. Pero después añadís: “Sin embargo, hay algo que debo desear, una alegría que puedo buscar, es vuestro trato, vuestra presencia en mi alma; es un amor más ardiente, son unos dones más excelsos, y sé por la Sagrada Escritura, por las enseñanzas de los Santos y las de la Iglesia, que lo que te agrada, lo que te atrae, es la humildad y el amor de la propia abyección”.

No solamente debéis disponer vuestra alma para mantenerse en una posición humilde, sino, también prepararla para ver cuando la humillación se presente, un acto que agrada infinitamente a Nuestro Señor, que le atrae a morar en nosotras con la plenitud de su amor, a reconoceros como sus esposas, a requeriros como el objetivo de sus afectos particulares y a otorgaros sus gracias predilectas.

Esto lleva muy lejos, y, sin embargo, no tiene nada de triste. A menudo se piensa que la humildad es una virtud triste. Pues bien, en todo lo que acabo de decir ¿hay algo triste? ¿Es triste seguir a Nuestro Señor, ofrecerle el corazón, adoptar los medios que nos permitirán encontrarle, que harán que nuestras relaciones con Él sean más afables y más íntimas? ¿Sería triste ganar a este precio la paz del alma? Esto es un beneficio personal; pero de gran valor a los ojos de Nuestro Señor Jesucristo. Creo que es así como una Religiosa de la Asunción debe concebir la humildad.

He oído decir, algunas veces, que la humildad no es la virtud destacada de la Asunción. No puedo aceptarlo, y lo sentiría mucho. Creo, por el contrario, que la humildad debe ser la virtud fundamental de la Asunción, pero concibiéndola desde el amor, desde la confianza, desde la plenitud de la fe, que nos muestra así los tesoros que encierra, los bienes que aporta, la sencillez y la paz en las que la humildad establece al alma. No debemos tener, si queréis, una humildad de palabras, de discursos, de apariencia; sino que debe ser nuestro mismo corazón que se entrega por entero, que acoge a Jesucristo que nos ofrece sus humillaciones como pruebas de su amor, y que corresponde a su vez, con el desprecio de sí y con la adoración: he aquí lo que Dios nos pide.

Hubiese podido hablaros del amor a Nuestro señor bajo el aspecto de la amistad divina a la que nos llama este Maestro. Es una alegría grande, un consuelo grande en la vida; pues es una de las relaciones que Nuestro Señor ha querido establecer con las almas, y ninguna de nosotras está exceptuada.

Jesús escogió una amiga en el Calvario. Todas sabéis de quien hablo, de la pobre pecadora. Porque amó mucho, Jesús la recompensó con su amistad divina. Si hay en vosotras alguna mancha, alguna imperfección, algún pecado, no os desaniméis. En Magdalena también, había, sin duda, algún resto de sus antiguos pecados; pero su ardiente amor lo cubría todo; y ha sido

¹ Mt. 11, 29.

honrada con una tal amistad por parte del Maestro divino que, hasta el fin de los tiempos, será considerada en la Iglesia como la amiga y la fiel amante de Nuestro Señor Jesucristo.

Sería también grato decirnos que sois las esposas de Jesucristo, que después de la amistad viene la unión íntima del esposo y de la esposa. Sería grato decirnos cuán bueno es Jesús Salvador, cuán grande, cuán amable, con qué dones tan perfectos recompensa las señales de amor que nosotras le demostramos. Esto jamás lo entenderéis bastante.

Aquellas de nosotras que penetráis en el corazón de las personas del mundo, habréis podido observar que cuanto menos sirven a Jesucristo, más desgraciadas son. No se trata de una desgracia exterior: hay riquezas, diversiones, placeres, pero estos exteriores brillantes, ocultan un corazón vacío, un corazón desgraciado, un corazón que no conoce la paz. Se puede incluso decir, que cuanto más brillante es la posición de un rico en el siglo, más ésta oculta cruces secretas que no se ven, pero que causan dolor en el fondo del alma.

A vosotras, por el contrario, os diré: Cuánto más os entreguéis a Nuestro Señor, cuánto más sinceramente humildes seáis, cuánto más abráis vuestro corazón al amor, entonces Nuestro Señor vendrá, Él mismo, a vosotras para ser ese céntuplo prometido, esta alegría que ninguna otra iguala; esta paz, esta luz que el mundo no conoce, esta esperanza que es la prenda de los bienes futuros y eternos

Tenía que decirnos todo esto, mostraros lo mucho que Nuestro Señor merece ser amado; pero parto de esta idea que ya conocéis. Por eso no os hablo de lo que Nuestro Señor es, sino más bien de lo que debéis hacer para demostrarle un amor verdadero. Empecé por la humildad; la próxima vez os hablaré de la unión de nuestra voluntad a la suya y del abandono entre sus manos